

fraternales, fué desde Claraval al capítulo general de los abades del Cister, no para presidir en él como Papa, sino para asistir como otro cualquiera de ellos. Estas asambleas, tan útiles para evitar los abusos y tan religiosamente imitadas por todos los demás órdenes, habian sido instituidas desde el principio del Cister con el fin de mantener la uniformidad y la concordia en todos sus monasterios. Este es el punto capital de esos reglamentos, llamados por esta razon *carta ó patente de caridad*, que fué estendida en el capítulo del año 1119, y despues confirmada por el Papa Calisto II. El vigor de la observancia no dejó de acreditarse desde este tiempo y de aumentar el orden; pues en solo el año de 1147 contó veintitres fundaciones nuevas, y sesenta y seis en los cuatro años precedentes. En el capítulo en que se halló el Papa Eugenio en el año de 1148, acudieron congregaciones enteras, pobladas ya de Santos, á buscar medios de adelantar aun mas en la perfeccion de su estado por medio de su reunion con el orden del Cister tan justamente celebrado. La mas numerosa era la de Savigni en la diócesis de Abranches, compuesta de treinta y tres abadías, incluso el monasterio de la Trapa, autorizado ya para esta reunion por el concilio de Reims. La congregacion menos antigua de Obasina en el Lemosin la siguió de cerca con las cuatro casas de su dependencia.

Solo hacia seis años que su fundador San Esteban habia sido reconocido abad de ella (1). Toda su vida precedente la habia empleado en ejercicios de una piedad angélica y de la caridad mas laboriosa, especialmente desde que era sacerdote. Habiéndose entonces asociado á otro eclesiástico que aspiraba á la misma sublime virtud, se retiraron á la selva de Obasina, desierto espantoso á dos le-

(1) *Miscel. Baluz. pag. 69; Bolland. t. 6, p. 900.*

guas de Tulle. Sus ejemplos admirables atrajeron fervorosos discípulos que formaron prontamente una comunidad, en que las flaquezas ordinarias y mas inseparables de la humanidad parecieron desde luego aniquiladas: estraviar la vista, reirse immoderadamente, proferir una palabra en el tiempo del silencio, eran faltas imperdonables y casi desconocidas entre unos hombres que vivian solo del espíritu. Tales eran el santo fundador y los primeros solitarios de Obasina, cuando creyeron no servir sino imperfectamente al Señor mientras no se reuniesen á los del Cister.

San Gilberto de Semprignan desde el fondo de Inglaterra vino tambien á este capítulo con el mismo designio que el fundador de Savigni y Obasina; pero el Papa le mandó continuar en su pais la obra del Señor como la habia empezado. En él fundó diez y siete monasterios, cuatro de canónigos y trece de religiosas, y muchos hospitales tanto para enfermos como para viudas y huérfanos, despues de lo cual nombró un superior, y él mismo le prometió obediencia y vivió hasta la muerte como el último de sus hermanos.

Tanta era la veneracion que en todos los paises se tenia á los monges del Cister, y principalmente á San Bernardo. En su mision de Languedoc habia ya incorporado á su orden el monasterio de Selvagrande, muy famoso en lo sucesivo por el gran número de santos y sábios que salieron de él para el episcopado. Esta comunidad habia sido establecida unos treinta años antes por un santo varon llamado Geraldo, con otras seis abadías de Aquitania que abrazaron igualmente el instituto del Cister.

Solo el ver la edificacion que reinaba en este instituto, hizo algunas veces las conquistas mas asombrosas. El príncipe Enrique, hermano de Luis el jóven, habiéndose ido á Claraval (1146) á negocios puramente

temporales, quiso no obstante ver á los religiosos en sus santos ejercicios; y asombrado de este espectáculo, como pudiera sucederle á vista de los coros celestiales postrados delante del Eterno, declaró que no volveria á dejar la sociedad santa á donde el Señor le habia conducido, y pidió inmediatamente que se le recibiese en ella (1). Fué este un motivo de gran júbilo para la comunidad; pero toda la comitiva del príncipe echó á llorar como si este hubiese muerto.

Uno de los señores que le acompañaban llamado Andrés, mas violento que los otros, se desató en injurias contra los monges y contra el mismo príncipe, diciendo que ó estaba borracho ó era un insensato. Enrique que le amaba, suplicó á San Bernardo que hiciese por convertir á un hombre tan ciego por el amor del mundo, y el Santo respondió: «Dejémosle ahora que un dolor exaltado le arrebató; mas no temais, que nuestro es;» y como el príncipe sumamente inquieto y sentido de la ceguedad de aquel hombre repitiese sus instancias, San Bernardo en tono de severidad le replicó: «Pues qué, ¿no os he asegurado que será nuestro?» Andrés dijo entonces dentro de sí mismo, segun confesó despues: «Es preciso que este hombre sea un falso profeta, porque estoy bien seguro de que lo que acaba de prometer no se verificará jamás.» Se marchó este al dia siguiente echando mil imprecaciones contra el monasterio en que dejaba á su amo, y hasta deseando que se tragase la tierra el valle con todos los que le habitaban. Continuó alejándose todo aquel dia; pero á la noche siguiente se sintió vivamente vencido y como obligado por el espíritu de Dios, se levantó al amanecer y se volvió apresuradamente á someterse tambien él mismo al yugo del Señor.

(1) *Metrop. Rem. lib. 3, cap. 1; Vit. S. Bern. lib. 4, cap. 4.*

Enrique no gozó mucho tiempo de las dulzuras de la soledad, en la que no pensaba mas que en hacer le olvidasen los hombres, y en enterrarse anticipadamente con la esperanza de una bienaventurada inmortalidad. Se le arrancó á su pesar y con esfuerzos increíbles para ponerle en la Silla de Beauvais, elegido por el pueblo y el clero para obispo suyo en el año de 1149. Temblaba viéndose jóven y con resoluciones que todavia no habian tenido tiempo de arraigarse; pero su virtud no se desmintió jamás ni en aquella Silla ni en la de Reims á que fué trasladado despues. No obstante, no llenó todas las esperanzas que habia habido motivos de concebir, porque con virtudes y talentos realzados por su ilustre nacimiento era natural que diese el principal impulso al clero del reino, y que tomase un ascendiente útil á todas las iglesias; pero su ardor por el bien, su severa regularidad, la rectitud misma de sus miras, que le hacia no tomar precauciones algunas y despreciar los obstáculos, le enagenaron muchas veces los ánimos y ocasionaron desavenencias siempre funestas entre el gobierno y la gerarquía eclesiástica. Se grangeó no obstante el nombre de grande, que le vemos dar despues de su muerte. La posteridad parece haber perdonado á este príncipe su falta de habilidad en atencion á su bondad de alma y á su candor.

El rey Luis el jóven, generoso y sensible como su hermano Enrique, tuvo que sufrir pesares que la política le hizo disimular por algun tiempo, pero que ni aun el esplendor del trono pudo disipar jamás. En el viaje de la Tierra Santa, adonde la reina Leonor le habia seguido, desmintiendo esta princesa un testimonio tan señalado de afecto al rey su esposo, y olvidando cuánto se debía á sí misma, tuvo con el príncipe de Antioquía relaciones contrarias al decoro y á las obligaciones mas esenciales de su sexo.

Tal fué acaso el mayor obstáculo á que el rey obtuviese ventajas en la Palestina. Todo lo que pudieron alcanzar los motivos reunidos de la conciencia y de la política, fué impedir el ruido del escándalo; no obstante, cuando estuvieron de vuelta en Francia, llenos todavía uno y otro de resentimiento y antipatía, al abad Súgero manejó tan bien aquellos dos ulcerados corazones, que al parecer no pensaron recíprocamente mas que en olvidar lo pasado. En esta coyuntura la muerte arrebató á este sábio conciliador, de cuya habilidad se puede juzgar por solo este hecho. Inmediatamente los aduladores fueron escuchados en lugar de él, y hasta la política y la conciencia se doblegaron al gusto del soberano. Es verdad se le convenció de que estaba con Leonor en un grado de parentesco que hacia ilegítima su union; pero el escrúpulo venia muy tarde despues de catorce años de matrimonio, del cual habia tenido dos hijos.

En 18 de marzo de 1152 el rey hizo tener en Beaugenci en el Orleanés un Concilio, que muchos escritores refieren al año precedente por no reparar en el modo entonces variable con que se contaba el principio del año. En este Concilio se presentaron testigos que confirmaron con juramento el parentesco, y siendo reputada suficiente la prueba, los prelados declararon nulo el matrimonio por consentimiento de las partes. Leonor se casó poco despues con Enrique, duque de Normandia y conde de Anjou, que luego fué rey de Inglaterra, y así pasó la Aquitania á esta corona con gran detrimento de la Francia. El rey Luis se casó con Constanza, princesa de Castilla.

En 15 de febrero del mismo año, Conrado III, rey de Germania, habia muerto en Bamberg, despues de haber reinado cerca de trece años sin haber sido coronado por el Papa; pero lo habia sido en 15 de marzo de 1158 en Aquisgran por Teoduno, lega-

do de la Santa Sede: fué enterrado en el mismo lugar junto al sepulcro del emperador San Enrique, canonizado poco tiempo antes por el Papa Eugenio, el cual en su bula dirigida al obispo y canónigos de Bamberg declara que aunque una peticion de esta clase no se acostumbre admitir sino en los Concilios generales; sin embargo, por la autoridad de la Santa Iglesia romana que dá su fuerza á todos los concilios, consiente en acceder á la solicitud que se le ha hecho sobre el particular (1). No habiendo dejado Conrado hijos en edad de reinar, nombró para sucesor suyo á Federico su sobrino, jóven, de buena figura, valiente, magnánimo, justo y aun prudente, cuando no se abandonaba á la impetuosidad altiva que le ha hecho aborrecer en Roma bajo el nombre de Barbaroja. Fué elegido en Francfort diez y ocho dias despues de la muerte de su tio, en 4 de marzo, y coronado en Aquisgran en 9 del mismo mes.

Sus contiendas con el Papa y sus frecuentes guerras en Italia, le impidieron continuar las operaciones que el emperador Lotario habia entablado para el progreso del Evangelio hasta las estremidades septentrionales de la Alemania. Lotario, despues de haber edificado el castillo de Siebert para contener á los esclavones, á quienes queria hacer cristianos, habia tambien fundado una iglesia, cuya direccion confió igualmente que la de Lubeck á un santo sacerdote llamado Vicelino. No habiéndose sostenido este proyecto, Vicelino fué consagrado obispo de Oldemburgo por Hartuic, arzobispo de Brema, que restableció al mismo tiempo los obispados de Ratzburgo y Mecklemburgo situados en el pais de los esclavones y vacantes dos siglos habia; queriendo con esto indemnizarse de la jurisdiccion que perdía sobre los obispos de Dinamarca y de la Es-

(1) Labb. t. 10, p. 1051.

candinavia, donde se trabajaba al mismo tiempo en erigir nuevas metrópolis. El legado Nicolás, obispo de Albano, estableció en efecto un arzobispado en Drontheim (Norruega), hizo primado de este reino igualmente que de la Suecia al arzobispo de Lundén, y confirmó despues esta primacia cuando llegó á ser Papa bajo el nombre de Adriano IV. Tambien quiso establecer un arzobispo en Upsal; pero no pudiéndose poner de acuerdo en este punto los godos con los suecos propiamente tales, no tuvo este proyecto por entonces ejecucion.

El santo rey Erico era quien procuraba tantos establecimientos favorables á la Religion (1). Este príncipe, el nono de este nombre, y sin embargo el primero que puede contarse en una cronología exacta de los reyes de Suecia, habia sido elevado al trono en 1141. En el año de 1150 emprendió la conquista ó mas bien la conversion de Finlandia, y la empezó ofreciendo la paz á los paganos de esta provincia que habian merecido su resentimiento, siempre que quisiesen abrazar el cristianismo. Llevó consigo á Enrique, obispo de Upsal, capital de su reino, y ganó á los finlandeses una completa victoria, despues de la cual se postró en el campo de batalla á dar gracias á Dios; pero deplorando con torrentes de lágrimas la pérdida de tantos infieles que habian perecido en su ceguedad (2). Inmediatamente concedió la paz á todos los que habian salvado la vida, y no se ocupó mas que en proporcionarles por las luces del Evangelio unas ventajas preferibles infinitamente á las que acababan de perder. Ellos se apresuraron á recibir el bautismo: se edificaron iglesias, se establecieron sacerdotes, y el rey á su vuelta á Suecia dejó al obispo

Enrique con los nuevos cristianos para que los confirmase en la Religion.

Este Santo Pastor fué bien poco despues mártir de su celo. Habiendo cometido un homicidio un finlandés bautizado, quiso este prelado celoso someterle á la penitencia canónica á fin de imprimir en aquel pueblo bárbaro el horror debido á estos escesos muy comunes antes de su conversion. En el primer arrebató de su feroz despecho el homicida asesinó al obispo, cuya santidad confirmada por muchos milagros le ha hecho poner en el número de los mártires que honra la Iglesia con culto público. El año siguiente de 1151 el rey Erico murió tambien á manos de los enemigos que se habia grangeado con su piedad y su celo por la conservacion de las costumbres, y es igualmente venerado como mártir. De este rey hay un código de leyes que lleva su nombre. Durante su vida habia practicado penosas austeridades hasta tomar baños de agua fria aun en la estacion mas rigurosa, á fin de evitar las rebeliones de la carne. Despues de su muerte se halló un cilicio debajo de sus vestidos, y por su intercesion obró Dios una multitud de milagros que han hecho muy célebre su culto.

Por el mismo tiempo la Religion y la gerarquía volvieron á parecer en Irlanda sobre un pie de regularidad cual jamás se habia visto en una larga série de dias nebulosos, dias que entre aquellos duros insulares, mas que en ninguna otra parte, eran fecundos en preocupaciones estravagantes, prácticas supersticiosas y abusos de toda especie. Despues de lo mucho que costó, segun queda referido, á San Malachias volver á introducir el verdadero espíritu del cristianismo en las diócesis de Downe y de Armagh, ó solamente para establecer en ellas pastores que tuviesen el carácter de tales y la santa autoridad, el legado Juan Paperon siguiendo aquel modelo,

(1) Bolland, tom. 2, pag. 249.

(2) Joan. Magn. Hist. Goth. lib. 18, cap. 18.